

Australia tiene nombre español

Autoría: Ignacio del Pozo Gutiérrez

Afiliación: Licenciado en Derecho; investigador y divulgador histórico; autor de Españoles invisibles y Australia tiene nombre español

SECCIÓN	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Historia de las exploraciones	201-224	TDL-86-2026-201-224

TIPO DOCUMENTAL

Ensayo histórico-divulgativo

RESUMEN DOCUMENTAL

Recorrido por la formación de la idea geográfica de Australia y por las exploraciones europeas anteriores a la colonización británica. Ignacio del Pozo examina la tradición de la Terra Australis, los viajes ibéricos y la presencia de navegantes españoles en el Pacífico, así como la evolución cartográfica y terminológica del continente. El artículo concluye destacando que el nombre «Australia», de raíz latina y asociado a la tradición hispánica de la Terra Australis, terminó siendo adoptado oficialmente por las autoridades británicas en 1824.

PALABRAS CLAVE

Australia · exploraciones · Terra Australis · Pacífico · cartografía · España · historia marítima

CITA BIBLIOGRÁFICA

Ignacio del Pozo Gutiérrez. «Australia tiene nombre español». Torre de los Lujanes, n.º 86, 2026, pp. 201-224. ISSN 1136-4343.

Australia tiene nombre español

***Ignacio del Pozo
Gutiérrez,***

Licenciado en
Derecho, investiga-
dor, divulgador his-
tórico y autor de los
libros «Españoles
Invisibles» y «Aus-
tralia tiene nombre
español»

Australia celebra su día nacional el 26 de enero de cada año en recuerdo del mismo día de 1788 en que el capitán británico Arthur Phillips, desembarcaba en Australia a 1.030 personas y fundara la ciudad de Sidney. Sin embargo, no fueron los británicos los primeros de entre los europeos que llegaron a unas costas cuya existencia ya era conocida – o al menos intuida - antes de ser avistada.

Descubrimiento

Resulta necesario con carácter previo precisar el concepto de la palabra ”descubrir”, un término que ha sido moldeado y retocado hasta perder su misma esencia. Descubrir procede del latín vulgar *discooperire*, que significa “quitar lo que cubre” y según la RAE consiste en hallar lo que estaba oculto,

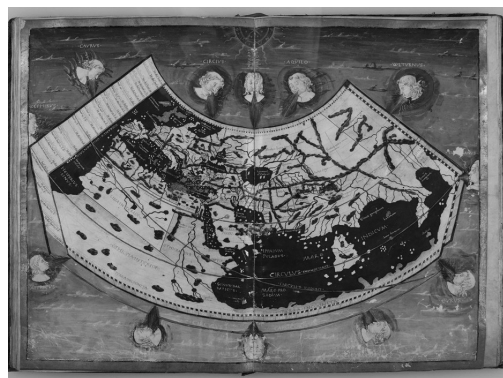
ignorado o escondido, principalmente tierras o mares desconocidos. En este último caso la Historiografía ha venido a añadir una suerte de condición para considerar un hallazgo como descubrimiento, y es la de poner el mismo en conocimiento de otros. La cuestión no es baladí pues ello implica que no basta con llegar a un territorio desconocido sino que hay que regresar para contarlo.

Si América fue un continente inesperado que se cruzó en el camino español hacia las islas de las Especies, Australia sin embargo fue un continente imaginado desde la Antigüedad por las civilizaciones clásicas del Mediterráneo al que sólo faltaba situar en el globo.

Las antípodas clásicas y medievales

La visión medieval del mundo entendía que la tierra habitada era reflejo de la Trinidad, de la división antigua de la ecúmene (Europa, Asia y África) y del poblamiento de la tierra por los tres hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet.

Fue Claudio Ptolomeo en el año 150 quien avanzó en la idea de las antípodas terrestres. En su mapa, el borde septentrional de un continente llamado “Terra incógnita” comprendía una porción de la costa de Australia, pero conectada al este y al oeste por una



Mapa de Claudio Ptolomeo

línea continua. Con Ptolomeo nació la idea de la “Terra Australis Incognita” (Tierra desconocida del sur)

Pero a esa tierra del Sur no llegaron griegos ni romanos. El pensamiento era libre de rodear la tierra, pero viajar ya era otra cuestión. Lo curioso

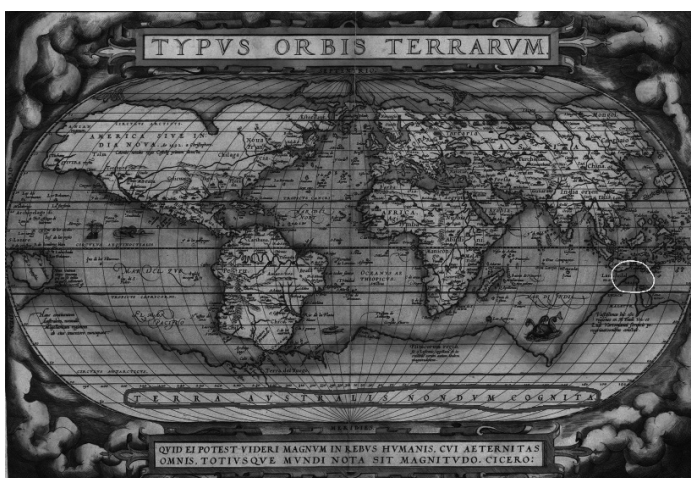
es que tampoco llegaron las grandes potencias orientales – China y la India – y en tal sentido los arqueólogos y antropólogos descartan la posibilidad de una presencia aún esporádica de otras civilizaciones en la isla antes de las europeas.

La caída de Constantinopla: Portugal y España

A finales de la Edad Media, en 1453, se produce un hecho clave en la historia de la humanidad: la Caída de Constantinopla en manos del Imperio Otomano. Es el fin de la llegada de las especias de la Ruta de la Seda a Europa. Una hecatombe para los europeos cuya dependencia de dichas especias (comida, salud) había arraigado con los años. Estrangulados por los turcos los puertos de Oriente Medio y Asia Menor, los mercaderes y navegantes mediterráneos vieron súbitamente finiquitados sus negocios con comerciantes y proveedores de Oriente.

Portugal y España – únicas potencias con la tecnología naval suficiente - decidieron conseguir las especias en origen navegando hacia ellas. Portugal hacia el Este rodeó África y llegó a la India; España hacia el Oeste se topó con un inesperado continente americano.

Con los descubrimientos portugueses y españoles muchas de las ideas de Ptolomeo res-



Mapamundi de Abraham Ortelius de 1587 con “terra australis incognita situada” en la zona antártica.

pecto a la configuración del hemisferio meridional quedaron modificadas, pero sin avistamientos claros los geógrafos más prestigiosos se enfangaron en un monumental lío sobre la ubicación de las antípodas.

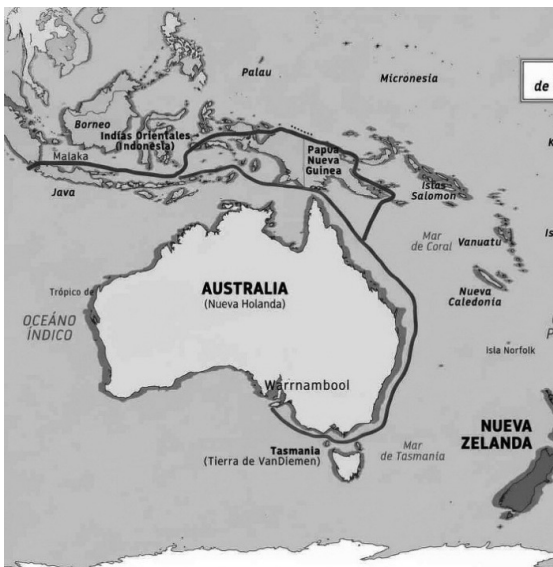
Sin embargo, el esfuerzo por encajar el nuevo conocimiento en el antiguo esquema de la cosmografía ocasionó un nuevo y gigantesco error. Un gran continente austral, que nadie había visto nunca fue colocado sobre una sucesión de mapas del mundo y como no había información fiable al respecto se fue generando una gran ficción geográfica que bajo el nombre de Terra Australis Incógnita fue situada aleatoriamente en los mapas al este del Índico, al Sur del Pacífico como parte del territorio antártico y en los lugares más variopintos, lo cual vino a arrojar más confusión si cabe sobre el asunto.

Tal confusión se ve reflejada incluso en los mapamundis de los 2 cartógrafos más reputados del siglo XVI - los holandeses Abraham Ortelius y Gerardus Mercator – sin que el lío se deshiciera hasta el siglo siguiente en que la enorme isla de Australia comenzó a ser avistada por diferentes puntos cardinales. La exploración, pues, fue clave para determinar no ya la existencia sino la ubicación y configuración de la isla y sobre quien fue el primero en llegar llueven las hipótesis.

PORTUGAL

En 1522 el portugués Antonio de Brito puso los cimientos del Fuerte de São João en Ternate (Molucas). Los portugueses, por lo tanto, llevaban la delantera a todos los demás en la zona y en ese contexto cuesta creer que los portugueses no alcanzaran, o al menos avistaran, las costas australianas y eso es precisamente lo que afirma el historiador australiano Kenneth MacIntyre al sostener que entre 1521 y 1524 el portugués Cristóbal de Mendoza al mando de una flota de tres carabelas cartografió la costa Este de Australia.

Se sabe que Mendoza zarpó de Malaca en 1519 con tres barcos en una expedición para descubrir las llamadas «Islas de Oro», entonces supuestamente situadas al sur de las Indias Orientales. La existencia de esta expedición es recogida por el conocido historiador portugués João de Barros en su obra *Décadas da Ásia* publicada a finales del siglo XVI, aunque Barros no ofrece detalle alguno de la misma y tan sólo se limita a señalar que Mendoza construyó un fuerte en Sumatra. Para soslayar tal incomprensible ausencia de información, los defensores de la teoría portuguesa sostienen que el rey Manuel I había ordenado que la misión de Cristóbal de Mendoza fuese secreta - también sin fuente o prueba alguna - e incluso que la documentación existente se perdió en el terremoto de Lisboa de 1755.



Teórico viaje de Cristóbal de Mendoza

HOLANDA

Tras la definitiva separación de Holanda de la monarquía hispánica, en 1607 los holandeses ya se habían apoderado de las Islas de las Especias y en 1611 establecieron un puesto en Jacatra (Java) dándole el nombre de Batavia, que a partir de entonces se convirtió en la capital de las posesiones holandesas.

La Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales), fue creada cuando los Estados Generales de los Países Bajos fusionaron varias

compañías preexistentes en una sociedad por acciones concediéndole un monopolio para realizar actividades comerciales en Asia

Espías

Pero la llegada holandesa a las Indias Orientales precisó de un conocimiento previo de los territorios y su interés comercial, datos que se obtuvieron a través de sendos comerciantes-espías. El primero de ellos, Jan Huygen van Linschoten, se las arregló para entrar al servicio del arzobispo de Goa (India), donde residió durante trece años en los cuales recopiló pacientemente toda la información que pudo sobre el comercio de los portugueses y todos los detalles sobre el viaje a la India y a las Islas de las Especias, llegando a publicar un libro titulado *Discours of Voyages into the East and West Indies* que tiene toda la apariencia de ser una traducción del Tratado de Geografía del portugués Barros. Los mapas que acompañan el texto en la obra de Linschoten son de origen portugués, como lo demuestran su nomenclatura y sus notas originales, que ni siquiera se molestó en modificar.

El segundo fue un tal Cornelius Hootman cuyas pesquisas en Lisboa para hacerse con información no debieron ser nada discretas al punto que la Corte portuguesa prohibió a todos los extranjeros hacer tales consultas. Hootman fue encarcelado hasta que abonara una cuantiosa multa cuyo pago estaba largamente fuera de su alcance por lo que se dirigió a los comerciantes de Amsterdam y les hizo saber que si pagaban su multa, les informaría de todo lo relacionado con las Indias Orientales, aceptando éstos y produciéndose el trueque.

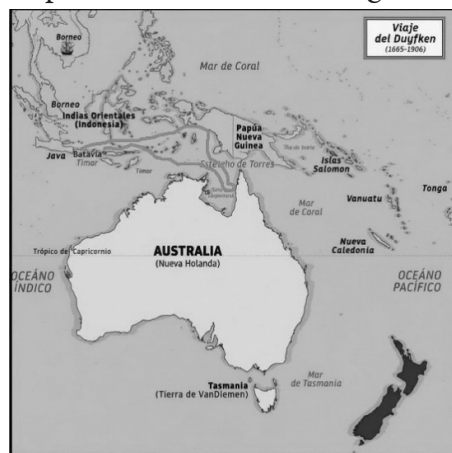
El Duyfken y su derrota

Una vez aposentados en la zona, la historiografía holandesa menos creíble afirma que en noviembre de 1605, el velero Duyfken

al mando de Willem Janszoon zarpó del asentamiento holandés de Java para explorar Nueva Guinea y en marzo de 1606 navegó por la península del Cabo de York y el Golfo de Carpentaria pudiendo ser su tripulación la primera en conocer las costas orientales de Australia pero sin que conste que descendieran a ella o tomaran posesión de la misma. Conforme a la historiografía australiana tradicional durante este viaje, el buque exploró el Golfo de Carpentaria en el norte de Queensland, aunque curiosamente, se sabe muy poco sobre el barco y sus rutas porque nunca se ha encontrado su bitácora, lo cual – a diferencia del caso portugués - no ha supuesto ningún impedimento para que la historiografía holandesa atribuya el descubrimiento al Duyfken sin duda o polémica alguna.

Dicha historiografía mantiene que el descubrimiento de Australia se produjo durante ese viaje, dándose la extraordinaria circunstancia de que a pesar de no existir documentos que lo acrediten, algunos autores han tenido la osadía de ofrecer una detallada derrota del Duyfken; Peter Reynders de la Sociedad Hidrográfica de Australasia, por ejemplo, afirma que el Duyfken siguió unos 300 kms. de la costa oeste de la península del Cabo York llegando al río Pennefather, ubicado a 12½ 14' Sur y que después continuaron navegando hasta la latitud 13,59 cuando el Duyfken emprendió el viaje de regreso. Lógicamente sorprende tanto detalle cuando ni siquiera los exploradores reconocieron una determinada derrota.

Tal descubrimiento adolece de una notable falta de datos y los existentes son cuanto menos controvertidos y oscuros. El princi-



Teórico viaje del Duyfken en 1606

pal documento que sostiene los hechos no es sino una fuente secundaria; un documento muy posterior (40 años) que fue publicado por Alexander Dalrymple – el funesto saqueador británico de las cartas náuticas españolas en Manila - y que se supone que es una copia de las instrucciones al comodoro Abel Yansz Tasman para su segundo viaje de descubrimiento.

Tasman descubrió en 1642, la isla que ahora lleva su nombre y probablemente también Nueva Zelanda. Dos años después fue enviado en su segundo viaje y sus instrucciones, firmadas por el gobernador Antonio Van Diemen van precedidas de una relación, en orden cronológico, de los descubrimientos previos de los holandeses y entre ellas el del Duyfken.

En ese documento se señala que el 18 de noviembre de 1605, el yate holandés Duyfken fue enviado desde Malasia para explorar la isla de Nueva Guinea, y que navegó a lo largo de lo que se pensaba que era el lado oeste de ese territorio, a 19 3/4 grados de latitud sur. Consta literalmente en el documento que «este extenso país se encontró, en su mayor parte, desierto; pero en algunos lugares habitados por salvajes, crueles, negros salvajes, por quienes algunos de los tripulantes

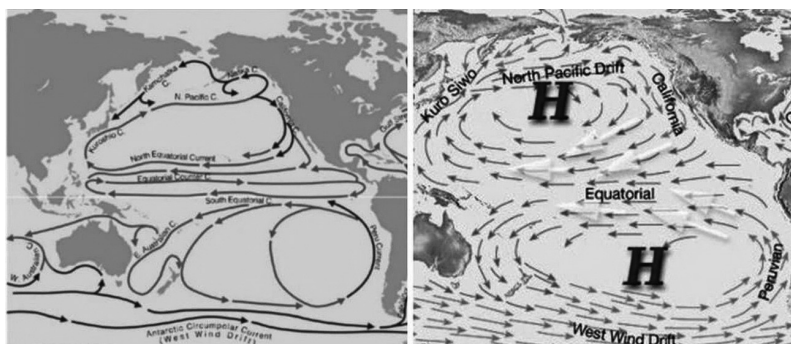
fueron asesinados; por lo cual no pudieron aprender nada de la tierra o las aguas, como se les había pedido; y por falta de provisiones y otras necesidades se vieron obligados a dejar el descubrimiento inacabado» (!!).

Resulta igualmente llamativo que en el mapa del sudeste asiático del respe-



Nueva Guinea en el mapa del holandés Janssonius (1650)

tadísimo cartógrafo holandés Janssonius realizado unos 40 años después no aparezca ni rastro de las supuestas tierras australianas descubiertas por el Duyfken mientras que sí consta reflejada la costa de Nueva Guinea.

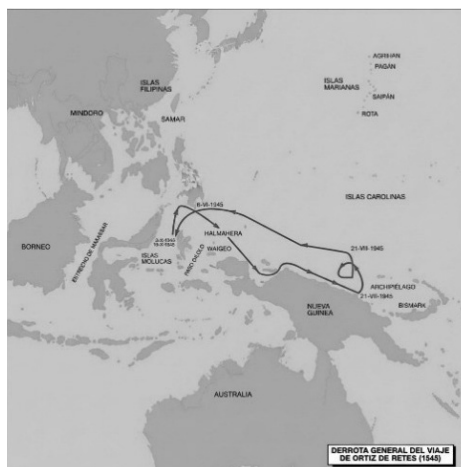


Corrientes y vientos del O. Pacífico.

ESPAÑA

Ortiz de Retes; Nueva Guinea

La actividad española tras el viaje de Magallanes se centró en asegurar un asentamiento en las islas de Poniente (Filipinas) y así en 1542 el marino malagueño Ruy López de Villalobos zarpó de Nueva España al mando de una flota conformada por 6 naves y unos 400 hombres. Tras llegar en 1543 a la isla de Mindanao prosiguió viaje por las islas Filipinas, pero al igual que le ocurrió a



Derrota general del viaje de Ortiz de Retes (1545)

Gómez de Espinosa en la expedición de Magallanes se encontró con problemas insalvables a la hora de regresar a América por el hemisferio Norte del Pacífico al elegir una ruta excesivamente cercana a la corriente ecuatorial del Norte con una dirección contraria a su rumbo

Así las cosas, Villalobos decidió enviar a Bernardo de la Torre a Nueva España para pedir ayuda al virrey con la que continuar las exploraciones pero éste apenas había navegado 700 leguas rumbo Este cuando se vio obligado a darse la vuelta.

Villalobos lo intentó de nuevo, esta vez con Íñigo Ortiz de Retes, que zarpó de Tidore en 1545 en la nao San Juan y tomó rumbo sur hasta alcanzar Nueva Guinea. Allí hallaron la desembocadura de un río al que llamaron San Agustín (hoy Mamberano), cuyo estuario parecía adecuado para desembarcar y hacer aguada. Ortiz de Retes tomó posesión de aquella isla enorme a la que llamó Nueva Guinea porque el color oscuro de la piel de los aborígenes le recordó a los nativos de la Guinea africana. Desde allí y tras numerosas tentativas Íñigo Ortiz de Retes se vio obligado a abandonar su intento de regreso a Nueva España y como única opción para sobrevivir regresar a Molucas.

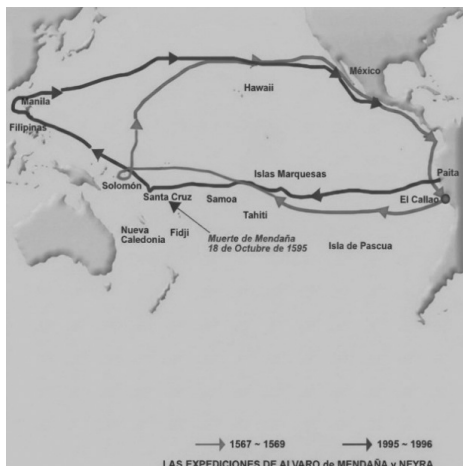
Álvaro de Mendaña; Salomón

En 1567 la expedición comandada por Álvaro de Mendaña que había partido de Perú con la idea de que hacia el Oeste avistó los primeros islotes de las Islas Salomón, así bautizadas por la injustificada idea de Mendaña de que se trataba de la Tierra de Ofir, donde se encontraban las minas del rey Salomón. La realidad de la ausencia de riquezas frustró el objetivo de la expedición que retornó a Perú.

Tendrían que pasar otros 30 años más para que Mendaña, ya con el título de Adelantado, intentase volver a las Salomón, descu-

briendo durante el viaje los archipiélagos de las Marquesas y Santa Cruz, pero no pudo encontrar las Salomón.

Mendaña moriría en el intento, pero su esposa Isabel Barreto, una mujer de notable determinación, le sucedió en el mando y llegó a Filipinas. Durante ese viaje surgió la figura del piloto portugués Pedro Fernández de Quirós que se percató de que la Terra Australis Incógnita no podía estar lejos. Quirós dedicaría el resto de su vida a encontrarla.



Expediciones de Mendaña

Y el caso es que Quirós tenía razón; habiendo llegado ya a Nueva Guinea y las Salomón, Australia estaba a un paso.

La expedición de Quirós.

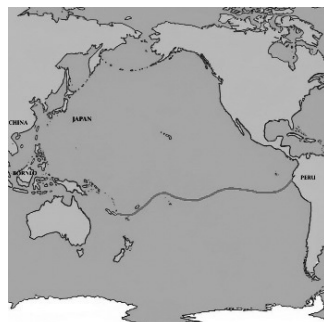
A su vuelta de las Salomón, Quirós se puso rápidamente manos a la obra para conseguir dirigir una expedición a las islas si bien con una meta mucho más ambiciosa: ser el primero en llegar a la Terra Australis Incógnita.

Quirós no escatimó esfuerzos ni perseverancia; elaboró numerosos memorándums y viajó a España a presentárselos al rey e incluso fue a Roma para ver al Papa Clemente VII, el cual impresionado por los planes de nueva cristiandad de Quirós en la Polinesia no dudó en escribir cartas de recomendación al rey Felipe III, ordenando éste al virrey de Perú que proveyese a Quirós de todo lo necesario para la expedición.

Fue entonces cuando por primera vez la Corona española mostró claramente su decisión de encontrar aquella tierra desconocida del sur cuando en 1603 Felipe III firma en Valladolid la orden de que «No se pierda el tiempo en descubrir aquella parte Austral, incógnita hasta agora, en que se hará gran servicio a Dios (...) Con consulta de mi Consejo de Estado he resuelto: que el capitán Quirós parta luego, a hacer el dicho descubrimiento, en la primera flota para el Perú».

En Perú se formó una armada compuesta de dos naos o galeones - la capitana San Pedro y San Pablo, de 155 toneladas y la almiranta San Pedro o San Pedrico, de 120 - y el pequeño patache Tres Reyes. Componían la tripulación trescientos hombres con provisiones para un año y como lugartenientes irían Luis Váez de Torres y Diego de Prado y Tovar, un avezado marinero gallego y un noble militar leonés.

La expedición se hizo a la mar el 21 de diciembre de 1605 desde el puerto de El Callao. Durante 800 leguas Quirós navegó al S.O, pero al alcanzar la latitud de 26° puso rumbo al Oeste avistando numerosas islas pero sin , sin detenerse lo que provocó las primeras fricciones de la expedición debido a la escasez de agua dulce.



La expedición
de Quirós

Nuevas Hébridas (Vanuatu); Austrialia del Espíritu Santo

Finalmente, tras pasar al norte de Samoa y el grupo Fidji alcanzaron las Nuevas Hébridas (actual Vanuatu). Quirós tomó posesión de aquella tierra siguiendo los dictados del Derecho común, pero su desbocado misticismo le llevó a fundar una nueva orden militar con

el título del Espíritu Santo, y una ciudad, a la que llamó Nueva Jerusalén e incluso una Orden de Caballeros llamada del Espíritu Santo formada por los hombres que poblasen aquella tierra. Tanto exceso no presagiaba nada bueno y el hartazgo de los expedicionarios al respecto comenzó a ser patente. Además, las relaciones con los nativos no eran especialmente amistosas.

Aunque resulta indubitado que Quirós llegó a las Vanuatu, lo cierto es que el propio Quirós quien afirma haber llegado a Terra Australis al hablar en su diario de extensos territorios y reclamar para sí la gloria y honor inmortales que resultarían de ser identificado como el descubridor de aquella tierra.

La partida de Quirós

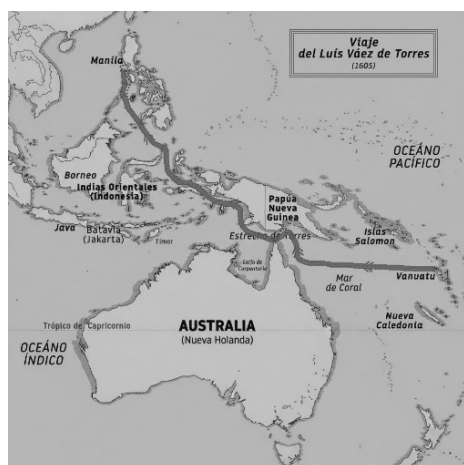
Uno de los días de estancia en las islas las naves salieron de la bahía para continuar los descubrimientos pero una fuerte tormenta los obligó a entrar de nuevo. La nao San Pedro, comandada por Luis Váez de Torres, y el patache Tres Reyes, bajo el mando de Gaspar González de Leza, regresaron a la isla de Santa Cruz, pero la San Pedro y San Pablo no lo hizo, internándose en la mar y, con Quirós al mando, se dirigió directamente a Nueva España, hasta alcanzar Acapulco. Váez de Torres es ciertamente lacónico al describir el episodio en su carta:

«Allí permanecimos cincuenta días; Y aunque a la mañana siguiente salimos a buscarlos, e hicimos todos los esfuerzos adecuados, no nos fue posible encontrarlos, porque no navegaron en el rumbo adecuado, ni con buena intención. Así que me vi obligado a regresar a la bahía para ver si por casualidad habían regresado allí»

Tal episodio está presidido por la confusión y a pesar de que tiempo después se ordenó una investigación para esclarecer los

hechos y saber si Quirós era culpable de haber abandonado su responsabilidad del mando, el asunto acabó con reproches por lo que había pasado pero sin condena al marino por no poder aclararse la cuestión. En cualquier caso, el portugués ya había dejado un nombre resultado del continente austral y la casa de Austria – Austrialia – que con ciertas modificaciones pasaría a la posteridad y es que en su diario habla de tomar posesión de esa tierra, la cual cree que forma parte de un continente y utiliza del término Austrialia. La toma de posesión se realiza el día que se celebra la aparición del Espíritu Santo (Pentecostés), el 14 de mayo, y él dice que toma: «posesión de todas estas tierras que dejo vistas y estoy viendo, y de toda esta parte del sur hasta su polo, que desde ahora se ha de llamar AUSTRALIA del Espíritu Santo». Sea como fuere, un gran número de hombres y dos naves quedaron en Espíritu Santo sin su jefe de expedición pero con los dos lugartenientes Váez de Torres y Prado de Tovar.

El viaje de Váez



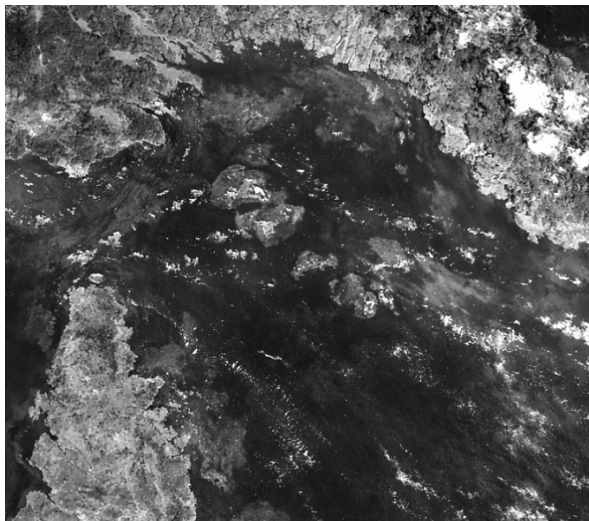
El viaje de Váez

De lo que ocurrió a partir de la separación se tiene constancia por la carta de Luis Váez de Torres al rey y la relación y mapas de Diego de Prado y Tovar que, a diferencia de los holandeses del Duyfken, ofrecen precisos datos de navegación, vientos, corrientes e islas exploradas. La narrativa de Váez es tan circunstancial y clara que se puede decir que conlleva convicción, y su veracidad está corrobora-

rada en gran medida por sus propios mapas y la relación de Prado que lamentablemente estuvo perdida hasta principios del siglo XX.

Los que quedaron en la isla esperaron dos semanas para ver si volvía Quirós y pasado este tiempo se reunieron en Junta para atenerse a las instrucciones del Virrey en las que se establecía que la sustitución en el mando correspondería a Diego de Prado y Tovar y que los expedicionarios deberían dirigirse a Manila para esperar a que llegasen los retrasados o perdidos y continuar después por la ruta portuguesa del cabo de Buena Esperanza para ir a informar al Rey. Prado y Tovar aceptó el cargo pero le pareció mejor compartirlo con el otro lugarteniente, Luis Váez de Torres, que tenía más cualidades para la navegación y que fue finalmente el jefe de los expedicionarios mientras Prado, de acuerdo ambos, quedó como consejero en materias técnicas y especialmente para levantar planos y representar en dibujos los tipos humanos que encontraron.

El 26 de junio abandonaron la isla y Torres navegó hacia el oeste, pero a mitad de camino el viento le impidió seguir adelante. En esta posición, bien entrado en el Mar de Coral, se encontraba a sólo 190 millas del continente australiano si bien no recogieron el avistamiento alguno de tierra ni de arrecifes, aunque alguna mala señal tuvo que ver para cambiar el rumbo y derrotar hacia el norte para llegar al este de Nueva Guinea en busca



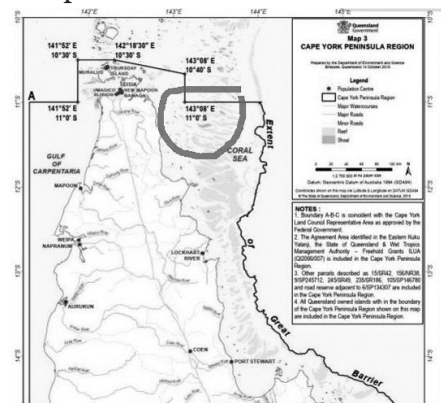
Islas del Estrecho de Torres entre el
Cabo de York y N. Guinea.

de Manila, resultando así que al dirigirse al norte-noroeste eludió un seguro naufragio en la barrera de coral.

Torres derrotó al oeste empujado por los vientos alisios que soplan con incansable persistencia desde marzo a diciembre, fijó su latitud 11,5°, se dirigió hacia tierra y desembarcó. Allí Váez describe por primera vez seres humanos de piel más clara que difieren notablemente de los indígenas papúa de Nueva Guinea y se asemejan mucho más a los australianos, lo que le sitúa bien en las islas del propio Estrecho adyacentes al Cabo de York o bien en el propio Cabo y por lo tanto en la gran isla australiana.

Torres dice que desde la cima de la península - la única en la zona es el Cabo de York en Queensland, AUS - se veía el mar con más islas alrededor y Prado anota la presencia de espléndidos árboles y fuentes de agua potable, pero no observa río alguno; ni Váez ni él reparan en que están pisando una nueva tierra continental sino más bien una interminable sucesión de islas de variado tamaño.

Desde allí la navegación fue una pesadilla por los numerosos bancos de arena y grandes corrientes. Navegaron por el golfo de Carpentaria durante dos meses y finalmente llegaron a las Molucas



Mapa oficial del Cabo de York (Queensland) señalando los 11 grados en su extremo norte

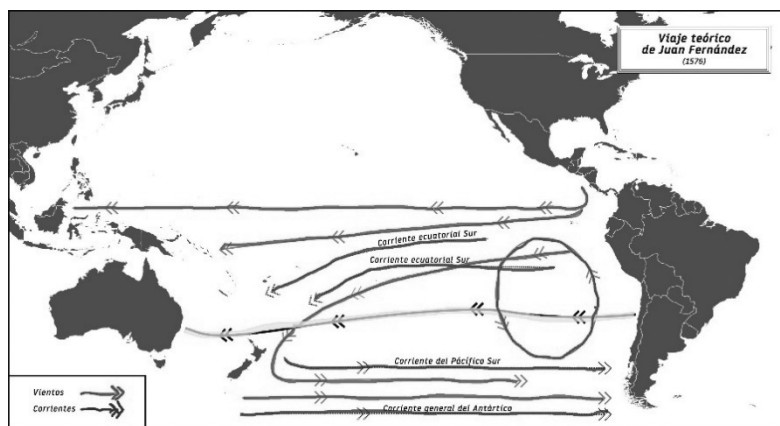
por el mar de Araúfa y después a Manila el 22 de mayo de 1607. Meses después Torres envió una crónica del viaje al rey

Todo lo que hicieron, vieron y descubrieron está recogido en la Relación que hizo Diego de Prado y Tovar y en la carta que Váez envió al rey; ambos documentos desgraciadamente perdidos o escondidos durante siglos pero que ilustran

con detalle el paso de la expedición española y su contacto con Australia. Diego de Prado sería el primer occidental en describir animales tan raros como el equidna (un animal similar al ornitorrinco), y el marsupial ualabí, lo que supone otra prueba más de la llegada de los españoles a Australia.

Los documentos del viaje de Torres cayeron en el olvido y pasaron desapercibidos para la historiografía hasta que algunos australianos como George Collinridge o Robert Logan Jack acudieron en su rescate. Por otra parte, los planos dibujados por Prado fueron robados del Archivo Nacional por el ejército de Napoleón durante la invasión francesa y no se recuperaron ni vieron la luz hasta el siglo XX.

El más que improbable descubrimiento de Juan Fernández



En consonancia con el viaje del holandés Duyfken por resultar más una dudosa hipótesis que un testimonio nos encontramos con el posible descubrimiento español por parte del cartagenero Juan Fernández apuntado por el chileno José Toribio Medina en su obra «El piloto Juan Fernández, descubridor de las islas que llevan su

nombre y Juan Jufré, armador de la expedición que hizo en busca de otras en el mar del Sur» (1918).

Desde 1550, Fernández hizo viajes entre puertos del Perú y Chile, alejándose mucho de tierra para hallar vientos constantes y favorables con lo que redujo considerablemente la duración del viaje en el que antes se invertían hasta seis meses y de esa forma llegó a descubrir en 1574 las islas que hoy llevan su nombre a medio camino entre la costa chilena y la Isla de Pascua.

Según Toribio, en Perú Fernández conoció al general Juan Jufré y al marino Pedro Sarmiento de Gamboa, participante en una expedición de Mendaña, acordando entre ellos una expedición que el mismo Jufré proyectó y que, según supone Toribio, se llevó a efecto con una sola nave, mandada por Juan Fernández, en los últimos meses de 1576 y durante el siguiente año

El fundamento de las suposiciones de Toribio respecto a la expedición de Juan Fernández es una carta de Juan Jufré á D. Francisco de Toledo, Virrey del Perú, fechada en La Concepción a 23 de Noviembre de 1578 y el Memorial del Dr. D. Juan Luis Arias, de principio del siglo XVII.

Sin embargo, la carta sólo habla de los viajes de Fernández entre Chile y Perú y algunos autores supusieron – y recalco tal término – que la costa señalada en el Memorial pudo ser la Nueva Zelanda mientras que otros, creyendo que no avanzó tanto la expedición hacia el Oeste señalan la isla Pascua; Toribio, por su parte, toma un término medio en cuanto a distancia y apunta a Tahití si bien, añade, nada hay que se oponga—si se desecha el cómputo de los treinta días para el viaje de ida — a sospechar que también se descubrió Australia, que era la costa de la tierra firme Austral por la que se vieron desembocar muy caudalosos ríos. Resulta ciertamente sospechosa la inexistencia de capitulación alguna sobre el viaje. Ningún hecho

cierto y un cúmulo de suposiciones que en modo alguno pueden ser tenidos en cuenta.

Inglaterra y Cook

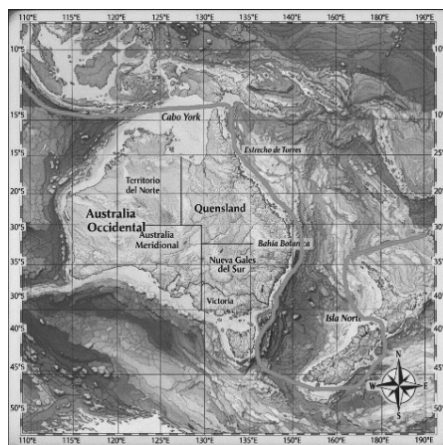
El único argumento del descubrimiento británico tiene nombre propio: el Capitán James Cook, héroe nacional y mito británico de las exploraciones del XVIII, es decir casi 200 años después de que portugueses, holandeses y españoles navegasen por aguas australianas.

Para los viajes de Cook tuvo una enorme influencia la caída de Manila en manos inglesas en 1762

que fue aprovechada por el gobernador británico Alexander Dalrymple, espía, cartógrafo y representante de la East India Company para saquear los fondos documentales de la ciudad y apropiarse de la cartografía española en el Pacífico.

Cook, un escocés de 40 años, cartógrafo y experto en astronomía náutica fue el elegido por la London Royal Society para comandar una expedición al Pacífico con el subterfugio de observar el paso de Venus ante el sol y la verdadera finalidad de conseguir los objetivos expansionistas británicos y hallar el continente austral.

Las instrucciones le encargaban buscar el misterioso continente austral y, si tenía éxito, realizar un estudio en profundidad y llegar hasta el este de Nueva Zelanda. Para ello, Cook revisó los mapas holandeses, portugueses y los sustraídos a los españoles en Manila y después de enviar un grupo científico a Tahití para estudiar la tránsito



Viajes de Cook

de Venus, dirigió el Endeavour hacia Nueva Zelanda y -según él - circunnavegó el territorio que ya había sido visitado por primera vez por el holandés Tasman en 1642, navegando después hacia el oeste hasta encontrarse con la costa de Australia «y luego seguir la dirección de esa costa hacia el norte» y fondear en una bahía que debido a la gran cantidad de plantas nuevas para la ciencia que sus botánicos encontraron, llamó Botany Bay; Cook tomó posesión de toda la costa oriental dándole el nombre de New South Wales (Nueva Gales del Sur).

Pero, como se ha visto, las expediciones de Cook no fueron de descubrimiento sino que sirvieron – con base en planos y descubrimientos efectuados por otros – para delimitar los contornos de la isla australiana que aún permanecían difusos y tal es el mérito que debe atribuírsele y no otro, teniendo en cuenta así mismo sus numerosos errores como por ejemplo incluir Tasmania como parte integrante de la isla australiana, resultando tan obvia la distancia entre ambas y su conformación que resulta difícil creer que Cook pasará por allí, resultando más sencillo creer que lo cartografió “de oído” sobre otros mapas que ya poseía.



Mapa de Cook uniendo la isla de Tasmania a Australia

Pero si bien Cook fue quien encabezó las exploraciones británicas y posteriormente fue loado y aclamado por los suyos, lo cierto es que hubo otros exploradores británicos como el capitán Matthew Flinders, gran navegante por la minuciosidad científica que caracterizó su trabajo que navegó alrededor de Tasmania demostrando que era una isla, y no parte de Australia como la había representado Cook.

Las conclusiones

Tras la presentación de hechos, pruebas y teorías sobre el primer avistamiento de Australia y a la luz de todo ello, se puede elaborar una conclusión definitiva sobre quien fue en verdad el descubridor de Australia o al menos quien primero la avistó.

Por su relevancia merecen tomarse en especial consideración las coincidentes conclusiones de los historiadores británicos George F. Barwick y y Henry Stevens – nada sospechosos de ser prohispanos - que en su obra *New Light on the Discovery of Australia as Revealed by the Journal of Captain Don Diego de Prado y Tovar (1930)* concluyen que Torres se vio obligado por el clima a navegar a lo largo de la costa Sur de Nueva Guinea descubriendo el paso entre Nueva Guinea y Australia - ahora conocido como el Estrecho de Torres – y lógicamente la propia Australia. Y es que Barwick afirma con lógica que todas las islas en el paso entre Nueva Guinea y el Cabo de York forman parte integral de Australia, ya que están bajo la jurisdicción de la Colonia de Queensland y por lo tanto, cualquier isla descubierta dentro de esas líneas, sin duda puede ser considerada como Australia. Para ellos el caso sería análogo al de Colón cuyo desembarco ciertamente no fue en el continente, sino en una isla a una gran distancia y sin embargo nadie disputaría la afirmación de que Colón descubrió América. En el caso de Prado y Torres, las islas que descubrieron y bautizaron pertenecían al continente adyacente de Australia encontrándose muchas de ellas a unas pocas millas de distancia, resultando así mismo posible que pisaran el Cabo de York en su extremo norte.

Se puede sostener de todos los datos ofrecidos que cualquier reclamación de descubrimiento portugués no puede ser estimada por resultar demasiado indefinida para ser aceptada. Y ello a pesar de que por situación y conocimientos náuticos y geográficos los

portugueses podrían ser considerados los candidatos más viables. Pero la casi inexplicable ausencia de fuentes debe de dejarlos fuera de toda consideración.

Por otro lado, la afirmación de los holandeses del Duyfken, aunque no se basa en documentos originales ni contemporáneos, está tan bien respaldada por pruebas colaterales que no se puede obviar, pero nuevamente nos encontramos ante una orfandad documental de origen que conlleva inescusablemente a una duda más que razonable en el itinerario señalado más de 40 años después. Cuesta creer que en un viaje específicamente denominado “de descubrimiento” – escasísimos en la navegación holandesa – no se conservara un cuaderno de bitácora o algún tipo de diario.

Las pruebas que hasta ahora existían a favor del viaje de los españoles en 1606 - las cartas de Torres y Prado y los mapas de Prado - se vieron enormemente reforzadas por la recuperación de la extensa Relación del Prado. Toda esta evidencia no sólo es de primera mano sino contemporánea y, por lo tanto, es mucho más definitiva y convincente que los relatos indirectos del viaje del Duyfken.

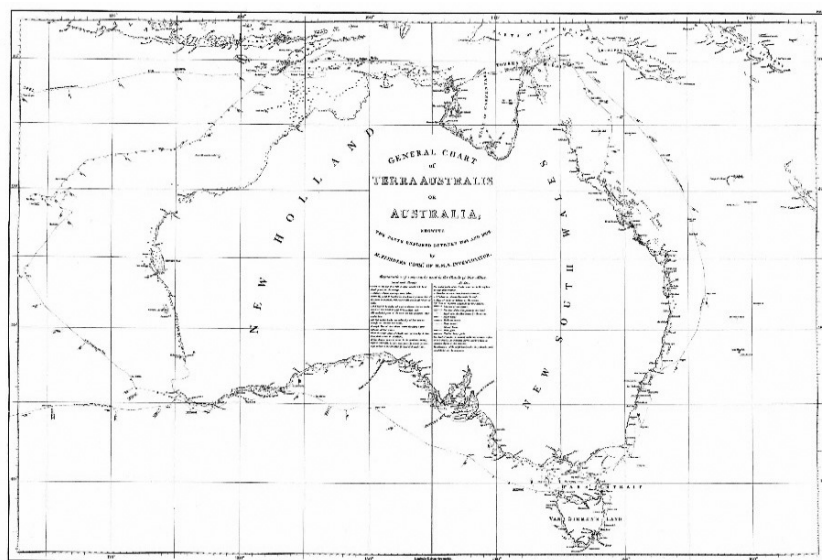
A modo simplemente de ejemplo comparativo, si aceptásemos como indubitada y cierta la derrota del Duyfken por un documento muy posterior al viaje y posiblemente elaborado *ad hoc*, no debería existir inconveniente alguno en aceptar de la misma forma el viaje del español Juan Fernández y consecuentemente su descubrimiento de Nueva Zelanda o, incluso, Australia, los cuales como hemos visto carecen de respaldo fiable que lo acredite.

Afirmar, por tanto – a la luz de la documentación existente – que fueron los españoles Váez y Prado los primeros en llegar a la gran isla australiana no solo no es descabellado sino que es la conclusión válida de un análisis razonable de las posibilidades existentes y las documentaciones que las sustentan.

El nombre de Australia

El término Terra Australis Incognita (la tierra desconocida del Sur) aparecido en la época clásica para denominar una quimera, permanecerá hasta la llegada española cuando Quirós, al tomar posesión de aquella tierra, hace uso del término *Austrialia*.

Por lo tanto Quirós parece que tomó como base la denominación ya conocida de Terra Australis (en latín Tierra del Sur), haciendo un juego de palabras con la dinastía AUSTRIA de la monarquía hispánica junto con el sufijo de pertenencia «-lia» para sujetar la tierra descubierta a la posesión de su rey, y a pesar de que su descubrimiento no fue de la isla australiana, él si lo creyó así fijando tal nombre, con ligeras variaciones, para la posteridad y aun siendo cierto que Quirós no pisó la gran isla, no lo es menos que la divisó o intuyó y le dio el nombre citado.



Mapa de Matthew Flinders (1804), primero con el nombre de Australia

Años después, las autoridades coloniales de Australia, en sus escritos y comunicados a Londres, usaron comúnmente las expresiones de Nuevas Gales del Sur y Nueva Holanda para referirse a aquellas tierras, pero fue Matthew Finders quien tras realizar la segunda circunnavegación a la isla, volvió a nombrar dicho territorio como Australia en su mapa trazado en 1804. Cuando publicó sus trabajos en 1814 fue obligado por el Almirantazgo británico a cambiar el nombre y volver a la expresión de Terra Australis, pero Flinders insistió y el Gobernador de Nuevas Gales del Sur, Lachlan Macquarie apoyó la idea de Flinders en favor del nombre de Australia y lo usó en sus mensajes a Inglaterra. En 1824 el Almirantazgo británico finalmente aceptó que el continente debía ser llamado oficialmente como Australia, un nombre español para un territorio que finalmente acabaría bajo la soberanía británica.